

Mikel Ayestaran

Las cenizas del califato
De las garras del Estado Islámico a la supervivencia

Barcelona: Península, 2018, 239 páginas

El Estado Islámico (Dáesh) se convirtió, en particular durante el periodo comprendido entre 2014-2017, en la principal amenaza para la seguridad occidental y en un actor que desestabilizó de manera notable Oriente Medio. ¿A qué factores obedeció su letalidad?, ¿qué herencia ha dejado su existencia?, ¿podemos afirmar que ya no constituye un desafío global? Se trata de interrogantes a los que Mikel Ayestaran responde de manera certera en la obra que tenemos entre manos. Para ello, emplea una metodología sugerente y atractiva, puesto que nos transmite las vivencias y reflexiones derivadas de su fascinante viaje por las ciudades que fueron liberadas del yugo instituido por la aludida organización terrorista: *“su objetivo era consolidar la hegemonía en las zonas liberadas, donde impuso el islam con mano de hierro, de manera similar a como lo hizo el emirato establecido por los talibanes en Afganistán antes de la invasión de Estados Unidos del 2001”* (p. 39).

Durante el periodo 2014-2017, la presencia mediática del Estado Islámico superó con creces a la de Al Qaeda, debido a una conjunción de factores que aparecen pertinentemente diseccionados en la obra que tenemos entre manos. El recurso sistemático a los secuestros y a las ejecuciones difundidas a través de terminales audiovisuales, el contrabando de petróleo así como el saqueo de propiedades y obras culturales, concedieron al Dáesh un potencial y una letalidad desconocidos hasta esa fecha. Como elemento más tangible, aunque no único, logró controlar una amplia extensión territorial de Siria e Irak, aprovechando la guerra civil que el primero de los países libraba en su interior y la debilidad tanto de las fuerzas armadas como del gobierno que caracterizaba al segundo, en particular tras la retirada de las tropas norteamericanas.

El autor, corresponsal de prensa en un escenario complejo y conflictivo como es Oriente Medio, vivió no sólo los años de apogeo del Estado Islámico sino también el inmediatamente posterior a su “derrota” militar acaecida gradualmente a partir de 2015 y consumada de forma definitiva en 2017. No obstante, sobre esta última cuestión realiza una advertencia de calado con el fin de prevenir cualquier conato de euforia desmedida: *“aunque la pérdida de Mosul es un golpe letal para un califato que se queda sin su gran símbolo, esta gente lleva activa desde 2003 y, bajo diferentes nombres y líderes, ha sabido reinventarse y hacer de la clandestinidad su auténtico califato”*(p.108).

En íntima relación con este argumento, Ayestaran enumera una serie de tareas urgentes que afectan a materias como el retorno de los desplazados, la construcción de infraestructuras o poner fin a los sentimientos de venganza hacia quienes colaboraron con el Dáesh: *“en cuanto han callado las ejecuciones, los bombardeos y la sangre, se han apagado los focos de los medios, y cada día que pasa entierra un poco más en el ayer los últimos tres años, una auténtica pesadilla para millones de sirios e iraquíes. Esa historia, que forma parte ya del pasado para los medios, es presente y futuro para las víctimas del EI”*(págs. 173-174).

Como se deduce, mediante un estilo narrativo dinámico, Ayestaran presenta un libro de fácil lectura en el que combina principalmente literatura (ajena a la ficción) y periodismo, con algunas pinceladas de otras disciplinas (historia, sociología y la geopolítica). Al respecto, nos brinda algunos hechos que no deben pasar desapercibidos y que exigen una necesaria autocrítica, sobresaliendo la inicial subestimación del fenómeno del Estado Islámico por parte de los gobiernos occidentales. El viraje posterior obedeció a dos factores. Por un lado, el fenómeno de los combatientes terroristas extranjeros se convirtió en un elemento que adquirió dimensiones mayúsculas (más de 30.000 ciudadanos europeos se trasladaron a los dominios del califato, en particular tras su proclamación en junio de 2014). Por otro lado, la comisión primero de “atentados dirigidos” (por ejemplo, el perpetrado en la Sala Bataclán en 2015) y posteriormente de “atentados inspirados” en suelo europeo (por ejemplo, el ocurrido en Barcelona en 2017), seguidos todos ellos de una difusión espectacular a través de las redes sociales y de un complejo mediático altamente sofisticado, lo que incrementó el sentimiento de inseguridad entre la ciudadanía.

Como resultado, los gobiernos del viejo continente y de Estados Unidos asumieron las verdaderas dimensiones del adversario. No obstante, mantuvieron ciertas “líneas rojas”, en particular, la negativa a enviar soldados al campo de

batalla, un modus operandi en el que destacó Barack Obama. En este sentido, la actuación de potencias regionales (Irán) o extra-regionales (Rusia) se mostró mucho más resolutiva, aunque en ningún caso guiada por criterios cercanos al pacifismo. De hecho, una de las consecuencias que ha dejado el combate contra el Dáesh es la extensión de la influencia de Teherán en Oriente Medio, con la consiguiente preocupación para Israel y Arabia Saudí.

En definitiva, una obra en la que Mikel Ayestaran aúna pasado inmediato y presente para transmitir al lector no sólo los liberticidios de todo tipo perpetrados por el Dáesh sino también lecciones fundamentales para que aquellos no se repitan en el corto plazo ya que *“si el califato ha caído, los seguidores del califa piensan que es solo por culpa de sus propios hombres, que no han sido lo suficientemente buenos musulmanes como para defenderlo. Pero no hay ninguna duda de que volverán a intentarlo (...) Por más banderas negras de El que borremos de las paredes, su mensaje sigue vivo; tanto que incluso puede llegar a resurgir de las cenizas y los cascotes que conforman ahora sus antiguos bastiones”* (págs. 236 y 238).

Alfredo Crespo Alcázar

Universidad Internacional de Valencia